

## **Entrevista a Eugenia Viteri: «No cambiaría nada de mi vida»**

—¿EMPEZÓ USTED A escribir en la Universidad? ¿Cómo era ese ambiente estudiantil, en relación con los intereses literarios? ¿En qué facultades estudiaban los autores de *Diez cuentos universitarios* (1955), y cómo se conocieron?

—Empecé en el colegio, estimulada por la licenciada Rosa Andrade Fajardo y el abogado Reinaldo Lara Márquez, profesores de Castellano y Literatura. Continué cuando hacía mi carrera de maestra. Había ya una buena concurrencia de la mujer a la universidad, era normal y aceptada su presencia, más en Facultades como la de Filosofía y Letras, menos en otras como Medicina, pero había. Yo quería hacer teatro, hacer muchas cosas, aunque no siempre se puede abarcar todo. La Federación de Estudiantes Universitarios (FEUE) en ese tiempo organizó muchos eventos artísticos. Éramos un semillero de gente joven que quería pasar la barrera de la pasividad. Pero no conocía a los otros cuatro compañeros de *Diez cuentos universitarios*. El azar reunió nuestros cuentos en el concurso convocado por la FEUE, Sede Guayaquil, en 1952. Yo había despachado por correo expreso «El anillo» y «Chiquillo»; sin embargo, no salieron de esa oficina. Cuando vi que mis cuentos no aparecían en las listas de los ganadores ni de los textos recibidos, localicé a Wilson Durango, organizador del evento, quien no los había retirado del Correo; todo se debió a la falta de tiempo, los tres avisos del correo descansaban en su escritorio. Ya habían sido entregados premios y menciones, y habían dispuesto la publicación de un libro que recogería ocho cuentos. Leye-

ron los míos entonces. Excusas y más excusas, terminé aceptando la inclusión de mis relatos en el libro-folleto *Diez cuentos universitarios*.

–¿Se reunían para discutir sobre literatura?

–No. Pertenecíamos a facultades diferentes; yo, a la de Filosofía y Letras, Walter Bellolio a la de Derecho, creo que también Alsino Ramírez. No recuerdo qué estudiaban los otros. Después, a veces nos encontrábamos en la Casa de la Cultura con Walter o con Alsino, o coincidíamos en alguna conferencia, pero no nos reuníamos. En mi facultad el ambiente era el de estudios de la carrera para maestra. Una de las profesoras, por ejemplo, fue Aurora Estrada y Ayala, pero ella solo se restringía a sus clases.

–¿Qué narradores ecuatorianos y extranjeros fueron sus referentes durante esos años de vida estudiantil?

–Considero buenos escritores –pues además de haber consolidado el cuento como instrumento de denuncia, de protesta (aunque ya teníamos a Pablo Palacio con una obra importante y un interesante enfoque, en cuanto a la desigualdad de género: hombre-mujer, en su narrativa iluminada), luego se irían depurando hasta alcanzar niveles extraordinarios– a Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, Demetrio Aguilera Malta, José de la Cuadra, Alfredo Pareja; escritores que al triunfar la Revolución Socialista de Octubre (1917) experimentan una nueva cosmovisión. En la Sierra, Jorge Icaza. Por la negritud, Adalberto Ortiz y Nelson Estupiñán Bass.

En otro ámbito, Pablo Neruda, Balzac, Dostoievsky, poetas y escritores de talla universal.

–En su caso específico y durante sus inicios literarios, ¿fue importante la influencia de la intelectualidad alineada con movimientos de izquierda?

–Sí, aunque nací conociendo la desigualdad económica y social y ello me condujo a la izquierda. Asistía a reuniones del Partido Socialista, pero no me afilié nunca; tenía miedo a la represión, a que hubiera situaciones complicadas.

–Estos cuatro jóvenes universitarios, ¿mantuvieron en sus inicios –o posteriormente– contacto con los siguientes autores: los cuencanos César Dávila Andrade, Alfonso Cuesta y Cuesta y Arturo Montesinos Malo (antes o después de que emigraran), Ángel F. Rojas (que vivía en Guayaquil desde 1931), Rafael Díaz Ycaza, o con Alejandro Carrión y Pedro Jorge Vera (quienes entonces residían en Quito)?

–Nunca fuimos un equipo. Pedro Jorge Vera me presentó a César Dávila Andrade alrededor de 1955, cuando me trasladé a vivir a Quito, y me

consideré su amiga. A Alfonso Cuesta y Cuesta lo traté poco y sólo en dos oportunidades, en Quito también. A Ángel F. Rojas, más. La crítica ecuatoriana, desde los inicios de sus publicaciones, los ubicó en un sitio de reconocimiento, por su destacado quehacer literario que trascendería las fronteras patrias.

No conocí a Arturo Montesinos Malo. Sé de su buena obra literaria por la crítica de los estudiosos de esa etapa, relativa a la evolución y afianzamiento de nuestra cuentística.

—¿Conocieron ustedes las obras que ellos publicaron en la década de 1950?

—Sí. Admiré a Alejandro Carrión. Su periodismo ágil, inteligente y cuestionador de su primera época fue invaluable. Conmovió, sí que conmovió su giro de 180 grados al abrazar una nueva política. Hablé con él para solicitarle un prólogo. Era mi primer libro de cuentos *El anillo* (1955). Luego, y siempre por teléfono, para agradecerle por su generosidad. Su narrativa tendrá un espacio en nuestras letras.

Vuelvo a César, el inconfundible César Dávila Andrade. Quito: 8 a.m. de un día frío de ha muchos años. Me dirigía al IESS (Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social); saludamos con un abrazo; estaba ebrio, rojos sus ojos grandes, me invitó a beber un solo trago; mi negativa lo encolerizó; me dijo de todo en tanto yo me alejaba triste y con frío.

Rafael Díaz Ycaza, ¡qué cuentista! Merecedor desde hace un largo rato del Premio Eugenio Espejo. Ha transitado por la novela y el cuento con solvencia y con altura muy reconocidas ya. Lo conocí en Guayaquil, en la Casa de la Cultura, alrededor de 1953. Una persona muy agradable.

—¿Qué acercamientos o distancias posteriores —en su escritura, en sus inquietudes vitales y literarias— puede usted identificar con Walter Bellolio?

—Prefiero que responda la crítica literaria. Lo conocí en la Casa de la Cultura Núcleo del Guayas, cuando en 1951 yo intentaba ser actriz y el tiempo me quedaba estrecho entre la universidad, las clases de teatro y las lecturas literarias que estos estudios demandaban. Se marchó pronto. Lo respeté como amigo, como un escritor excelente y un valioso ser humano.

Alsino Ramírez es el amigo cordial, el escritor que se instaló en mi antología por méritos propios, para no salir nunca de ella.

—¿Cuánto influyó en su personal carrera literaria Pedro Jorge Vera como escritor? ¿Hubo influencia de Nela Martínez?

–Conocí a Pedro Jorge Vera en Guayaquil, alrededor de 1949, en la Casa de la Cultura. Desde allí trazó mi senda, al ligar mi vida a la suya: inquieta, agitada y difícil: «¡Qué distintos los dos! Tu vida empieza y yo ya voy por la mitad del día...»

Compartimos libros, tangos, pasillos y vinos. Mucho, mucho después, bombas destructoras, viajes culturales; el invitado siempre fue él. Muy conocido internacionalmente. Destierros, además de prisiones. Perseguido por diferentes dictaduras y amenazas en su integridad íntima, mas donde hay amigos... Y si no, que responda el director de un importante diario guayaquileño y ex ministro.

Hoy ni tangos, ni vinos. Con libros y sin sueños, porque yo «... ya de vivir tengo pereza».

No hubo influencia de Nela Martínez, escritora y política apasionada. Colaboré con su revista *Nuestra palabra*, clausurada por «ser una amenaza para el país». La política tuvo lugar, espacio; de Nela aprendí a ver el mundo con ojos de asombro.

–En cuanto a una perspectiva de género en la narrativa del país, y en el contexto de las décadas de 1950 y 1960, ¿entró en contacto con Zoila María Castro, el grupo literario «Madrugada»? ¿Había conocido usted en ese tiempo la obra de la cuencana Mary Corylé? ¿O la de Lupe Rumazo?

–Nunca pertencí a grupo literario alguno. Sin embargo, me atrevo a afirmar que ellas y ellos «hicieron camino al andar» y su aporte fue notorio. Conocía de sus obras, de sus libros, aunque no todos fueron de mi agrado. A Lupe Rumazo la conocí muy fugazmente, ella viajó muy joven a Venezuela; a pesar de sus muy bien estructurados cuentos, de buena factura, no la he incluido en la *Antología Básica del Cuento Ecuatoriano* (1987-2006), de mi autoría, por la extensión de sus relatos.

–Durante los años en que vivió en el extranjero ¿qué referentes literarios latinoamericanos fueron importantes? ¿Por qué?

–Mis referentes están marcados por el destierro de Pedro Jorge Vera. Dos años en La Habana (desde fines de 1964 hasta 1966); antes, año y medio en Chile. El exiliado vive dividido entre la patria prohibida y el nuevo paisaje donde puede respirar. Mujer, hijos, techo y abrigo... no es sencillo. Mi salud quebrantada me limitó mucho. Amigos y vinos, desde siempre. La política lo absorbía todo. Pedro Jorge, director, y un grupo pequeño de amigos, decidieron publicar la Revista *Mañana*, también en el exilio. Dos números

llegaron al Ecuador. Los militarotes del 63 la silenciaron. Otra vez clausuraron la revista.

Los gobiernos se entendieron. El de Chile aceptó el pedido de los militares ecuatorianos. Había que respetar el exilio. Cuba, un exilio edificante. Desde el primer instante de nuestra llegada a La Habana, Pedro Jorge ejerció el periodismo. Cortó caña, colaboramos con el CDR (Comité de Defensa de la Revolución) en la vigilancia nocturna de nuestra cuadra y dimos la vacuna oral contra la poliomielitis a los niños cubanos de nuestro sector (cuadra).

Ascendimos al Pico Turquino, 1.940 metros, en Santiago de Cuba. Periodistas, intelectuales nacionales y extranjeros encabezados por el geógrafo Antonio Núñez Jiménez, fueron convocados para planificar estudios de avances genéticos en diferentes niveles de su altitud. Este pico es hermoso, mirar el mundo desde su cima es mucho más hermoso.

Amigos entrañables: Nicolás Guillén, Regino Pedroso, Regis Debray, Ángel Augier, Loló de la Torriente, Rosa Hilda Zell, Pedro Martínez Pirez. La lista sería extensa. Nos unía la literatura y el calor de una política vertical y justa. Allí, en La Habana, concebí en el año 1962, *A 90 millas, solamente...* –distancia entre La Habana y Miami–. Es una novela que encierra humanismo y amor.

Y Cuba crecía, Cuba se abría como una ancha y enorme ventana por la que podíamos ver el mundo. Sin embargo, cómo dolía la patria prohibida, la patria lejana. Soy de izquierda con limitaciones, sueños y aspiraciones; escritora, actriz, maestra. Todo en un solo puño y... Eugenia se echó a caminar.

En cuanto a creencias religiosas, Pedro Jorge Vera y yo vivíamos dos mundos diferentes, por ejemplo: él era ateo y yo creyente en un Ser Absoluto, no en eso de ir a la Iglesia. Yo tuve siempre una especie de rebeldía por mantener mis ideas, mis propósitos, mis decisiones. Defendí mi independencia económica, creo que mis derechos. Igualmente en lo literario. Por ejemplo, Pedro Jorge me daba su opinión con sugerencias, en algunos casos, cuando terminaba de escribir. De la novela *A noventa millas...* él se enteró cuando ya estuvo publicada. De *Las alcobas negras* dijo, por el tema simplemente, «Yo no habría podido escribir eso». Es que en mis novelas y cuentos yo abordé la problemática de la sexualidad frontalmente, en todos sus matices.

En lo político sí coincidíamos, y compartimos hechos y acciones. Soy persona de retos. A pesar de las dificultades que toda mujer debe enfrentar, no me he dejado vencer, y creo que es por mi carácter. A pesar de los desencantos, sigo creyendo en un mañana mejor.

–¿Con qué narradores y narradoras de la década de 1970 se identifica más usted?

–El mejor o los mejores referentes de los escritores y escritoras de esta década los encuentra en mi *Antología básica del cuento...*, incluidos por contar no solo con mi simpatía, sino también, por méritos propios. Muchos de ellos y ellas han dejado su huella indeleble.

–Si bien en los 70 soplaban vientos renovadores en el ambiente literario del país, ¿tuvo impacto social el abordar desde diferentes puntos de vista el tema de la sexualidad (*Los zapatos y los sueños*, 1977)?

En realidad *Las alcobas negras* (1984) es la novela que aborda con más amplitud el escabroso tema de la sexualidad: homosexualidad y prostitución, el muy bien cotizado himen hasta la segunda relación íntima (pagaba caro la mujer que, al casarse, carecía de él). Todo esto se narra en las vidas de esos seres que siempre tuvieron mi comprensión, mi amor.

–Pero el tema estuvo presente siempre, desde los primeros textos publicados en *Diez cuentos universitarios*. ¿Desde cuándo empezó a rondarla?

–Desde cuando era chica. Hay muchos recuerdos de infancia, escenas que me intrigaban porque no las comprendía, pero que me inquietaban. En *Las alcobas negras*, por ejemplo, hay muchos recuerdos de esa época, imágenes que se quedaron grabadas sin que yo entendiera bien de qué se trataba cuando las vi; como la de una prostituta que sangraba, a la entrada de la tienda del barrio; otro mito: los rumores sobre la ausencia de la virginidad en alguna recién casada, todo en escenas de mi niñez.

–Su condición de mujer ¿le planteó retos especiales en sus inicios como escritora? ¿O en su desarrollo posterior, como cuando publicó *Los zapatos y los sueños*, por el tratamiento que da a aspectos de la sexualidad?

–No. No, nunca. ¿Suerte? ¿Calidad en mis trabajos literarios? No lo sé. *Los zapatos y los sueños*, aunque con menor intensidad, aborda el tema de la sexualidad también. Violencia, amor y ternura; con derecho a escoger su sexualidad, se estrechan mis personajes en un largo abrazo.

Creo que para el escritor no hay, no puede haber temas vedados. Tampoco es cuestión de género: hombre-mujer. El asunto va por la calidad, sin olvidar la diferencia en cuanto a la sensibilidad femenina.

–Hubo un tiempo, durante los años 40 y 50, en que Pedro Jorge Vera se mostraba desilusionado de las condiciones sociales y políticas del país. ¿Tuvo usted ese mismo sentimiento de desencanto?

—Sí, Pedro Jorge tenía tres años cuando triunfó el socialismo en la Rusia de los zares; y apenas quince cuando él se sabía, se sentía todo un comunista que lidera e inicia su primera revolución desde el Colegio Vicente Rocafuerte.

Hasta el final de sus días (84 años y seis meses) jamás declinó en su lucha por cambios sociales urgentes. Pedro Jorge vivió mil y un desencantos, malos gobiernos con poquísimas excepciones; periodistas y escritores que desertaron de su compromiso con la patria.

—¿A qué atribuye usted esa percepción de desencanto, en el caso de Pedro Jorge Vera y de sus contemporáneos más estrictos? ¿Y en su propio caso?

—En la pregunta anterior está la respuesta. Me incluyo en ella e igual sus contemporáneos que hicieron la revista *Mañana. El tiempo invariable*, su novela póstuma, recoge su ira. Toda una década de un panorama social conmovedor. No tuvo la oportunidad de conocer el período bancario ni la dolarización. Esta novela es un manuscrito sin retoques; la publiqué bajo mi responsabilidad.

Se marchó llevándose a su Cuba, que también es mía, en el corazón. Dolido, muy dolido por la estruendosa caída de lo que fue la Unión Soviética.

—¿Hubo razones especiales para que usted dejara de escribir a partir de 1984?

Dejé de escribir por cumplir un viejo sueño: antologar el cuento ecuatoriano. Preparar una antología no es nada sencillo ni fácil. Consideré entonces, y aún creo, que los estudiantes deben adentrarse en el conocimiento del desarrollo de nuestra cuentística. ¿Saben nuestros alumnos y sabe el hombre que transita día a día en pos de su sustento, que escribir es un acto de fe, de amor, de solidaridad con el dolor, con la alegría del hombre? ¿Saben en qué condiciones viven y escriben los escritores? De seguro, no.

—¿Cómo se desenvuelve hoy la vida de Eugenia Viteri?

Soñando con la posibilidad de que mi antología, que reúne a ochenta autores (1987-2006), llegue a su décimo tercera edición. ¡Ojalá, ojalá! Releyendo a los clásicos nacionales y extranjeros. Disfrutando de Neruda, de Whitman: es un enorme placer. El tiempo implacable se nos lleva todo, hasta las ventanas para ver.

—Si fuera posible cambiar algo de lo vivido, ¿qué elegiría usted modificar, en su vida personal, en su vida literaria?

No cambiaría nada. Mi vida tuvo alegrías, sinsabores, aciertos y errores. Perdí una nieta de catorce años y seis meses. Vi partir a Pedro Jorge y sigo de pie. Escribí y escribí; si esto fue bueno, si no debí hacerlo, que lo digan otros. Yo me iré más bien pronto. Pedro Jorge me espera desde hace ocho años. ✱

*Quito, febrero de 2007*